



alianza Literaria

Theodor Chindler

Bernard von Brentano

Bernard von Brentano

Theodor Chindler

Novela de una familia alemana

Traducido del alemán por Jorge Seca

Índice

Libro primero

Libro segundo

Libro tercero

Libro cuarto

Libro quinto

Libro sexto

Epílogo de Sven Hanschek

Créditos

Lo contrario de un error es otro error

LIBRO PRIMERO

1

EL EDIFICIO DEL *Allgemeiner Anzeiger*, el periódico más grande de aquella pequeña ciudad, estaba ubicado en la plaza de la Victoria. A su izquierda se hallaba la oficina central de Correos, levantada con piedra arenisca de color rojo. Casi enfrente de ella estaba la tienda de harinas Werner o, mejor dicho, la casa en la que vivían los chicos de los Werner, dos jóvenes que por su fuerza y por su increíble descaro eran famosos para una parte de la población, mientras que para la otra gozaban de mala fama. Había más casas en esa plaza, pero las mencionadas eran las más conocidas, y a las gentes que vivían en las demás probablemente solo las conocían en su propia casa, tal como suele decirse.

Ninguna casa tenía más de tres pisos, dicho sea de paso. Todas eran bajas y provincianas, y la plaza entera era más un hueco entre edificios que un conjunto bien planeado. En el centro estaba el monumento a los caídos en 1871, una mujer deforme esculpida en hierro a la que contemplaban los transeúntes o los escolares por sus imponentes pechos tapados solo a medias. Los calendarios marcaban el 1 de agosto de 1914. Hacía calor, casi bochorno, pero una gran cantidad de personas se apretujaba en la plaza junto a los escaparates del edificio del periódico. Todos querían leer con sus propios ojos la edición extra sobre la movilización que había hecho pública la redacción.

—¡Allí! ¡Miren allí! ¡Están sacando algo! —exclamó alguien.

La exclamación originó un nuevo movimiento en la masa de personas apiñadas, y la gente trató de dar algún paso

adelante, hacia el edificio de la redacción.

Una persona bajita, cheposa, que era conocida en la ciudad como el repartidor del *Anzeiger*, abrió la puerta del local y ahora, temeroso y enfadado frente a la multitud, se encontraba bloqueado entre la puerta y la gente y sujetando una pila de ejemplares de la edición extra. En ese instante llegó un oficial acompañado de un tamborilero y de un guardia, provenientes de una calle lateral. El tamborilero hizo un redoble. La multitud enmudeció de inmediato y se puso a escuchar con atención, pero el oficial dio lectura al comunicado en voz tan baja, que solo pudo oírle muy poca gente.

—Es el funcionario Gerber —dijo una mujer que estaba muy atrás.

Cuando el oficial acabó su lectura, se produjo un nuevo redoble, pero la multitud no esperó y empezó a cantar la composición coral *Ahora demos todos gracias a Dios*. Algunos escolares y otros jóvenes se subieron al zócalo del monumento a la Victoria. Cuando estaba terminando la primera estrofa, un auxiliar mercantil, que se había distinguido por una potente voz de bajo profundo, golpeó desde arriba el sombrero de un hombre mayor.

—¿Por qué no canta usted? —preguntó cuando el hombre se giró con furia.

—¿Cómo dice?

—¿Que qué digo? No ha abierto usted la boca.

—Cada cual a su manera —respondió el hombre, que volvió a darse la vuelta.

El mozo no cedió.

—¿Es usted tal vez un serbio o cualquiera otra de esas bestias del extranjero? —preguntó en un tono de voz tan alto que pudo escucharse en un radio extenso.

—Soy de Mannheim —respondió el hombre.

—¡Quítate el sombrero! —exclamó alguien entonces.

El hombre se agachó, se caló el sombrero hasta las orejas y se lo sujetó con ambas manos.

—Padezco una otitis media —explicó a la mujer que estaba a su lado—. Tengo que protegerme del frío.

El reloj de Correos dio la una.

—¡La leche! Ya es la una, ahora sí que voy a llegar demasiado tarde —dijo un chico que se había subido tan alto a la estatua, que podía sostenerse en la espada de aquella Germania. Llegó al suelo en dos saltos, se largó de allí sin despedirse, avanzó con la cabeza hacia delante por entre el gentío y luego echó a correr todo lo rápido que pudo por una calle lateral.

La ciudad estaba construida sin ningún plan. El barrio de las mansiones, en el que vivía la gente acomodada, lindaba sin transición con un barrio en el que había muchas fábricas. La calle estaba trazada en línea recta, pero de pronto quedaban atrás los edificios, aparecían pequeños jardines delante de las casas y una mansión sucedía a la siguiente. El muchacho que se había marchado a toda prisa de la plaza de la Victoria se detuvo frente a la casa con el número 100 y dirigió la vista hacia arriba con cautela para ver si había alguien mirando por las ventanas. Para sorpresa suya, todas las persianas de la planta baja estaban bajadas. Intentó abrir el pesado portón de hierro del jardín. Estaba cerrado con llave. «¿Qué es lo que pasa aquí hoy?», pensó, y pulsó dos veces con brevedad el timbre, tal como se le había ordenado a los niños de la casa. Salió la cocinera y le abrió.

—¿Dónde estabas? —preguntó al muchacho—. ¡Ya casi es la una y media!

—¿Están comiendo?

—¡Pues claro que sí! Ha venido tu abuela, y también la señorita Chindler de Wiesbaden.

Cuando Leopold Chindler entró en el comedor, la familia estaba sentada alrededor de la mesa. El chico, que todavía estaba sin fuelle, iba a disculparse cuando vio que la mesa estaba ciertamente concurrida pero que en ella no estaban presentes su padre ni su madre. En el sillón en el que solo

podía sentarse el catedrático Chindler estaba sentada la señora Von Beaufort, suegra del señor de la casa. Como era habitual en ella, se mantenía muy rígida y erguida en su asiento, con la mano izquierda llena de anillos de colores reposando en el brazo del sillón mientras que con la derecha se llevaba el tenedor a la boca. A su lado estaba sentada tía Friederike, la hermana del señor de la casa. A esta la seguía la institutriz de la hija, mademoiselle Du Pont, que estaba sentada junto a su pupila, Margarethe Chindler. Enfrente estaba la señorita Wendt, la institutriz de los hijos varones, y Leopold se percató enseguida de que Hans, su hermano más pequeño, había aprovechado la ocasión de su retraso para quitarle su sitio al lado de la señorita Wendt.

El salón comedor, con las paredes de papel pintado en rojo, estaba a oscuras y a una temperatura fresca. La angosta puerta de cristal que conducía al jardín a través del porche estaba cerrada y con las cortinas corridas. El perro pastor estaba como de costumbre encima de una silla de la cocina junto a la ventana observando a los comensales con las orejas aguzadas. Nadie decía nada. El muchacho, confuso por el contraste entre el júbilo entusiasta de la calle y aquel silencio propio de un hospital, se sentó sin decir palabra y comenzó a comerse la sopa.

—No te he visto rezar —dijo la señora Von Beaufort a su nieto, a quien no había quitado ojo desde que entrara en el comedor.

Leopold se levantó, musitó una disculpa y justo acababa de persignarse cuando se abrió la puerta del salón y entró su madre en la estancia. Sostenía en la mano un pañuelito blanco, y todos los comensales pudieron ver que estaba llorando.

—¡Ay, mamá! —exclamó Margarethe al ver a su madre tan fuera de sí, y ya se disponía a ponerse en pie cuando la señora Von Beaufort le hizo una señal a mademoiselle Du Pont y esta retuvo a la chica en su asiento.

—Hay que poner un punto final a esto ya —dijo la señora Von Beaufort a su hija—. Yo haría venir a un médico. Esto me parece enfermizo y fuera de lo normal.

—Él lo echaría de casa. Está completamente loco. Su corazón no lo podrá resistir. Se va a morir así —replicó la señora Chindler.

Se situó frente a la puerta de acceso al porche y al darse la vuelta pareció que se le ocurría algo.

—Que los niños suban —dijo—, y que coman arriba. Tal vez así pueda yo moverlo a que entre aquí y se lleve algo a la boca.

Al instante se levantaron las institutrices y se llevaron a empujones por la puerta a los dos muchachos sorprendidos. Margarethe, una chica de diecinueve años ya, los siguió.

—¿Sabes que estamos en guerra con Rusia? —susurró Leopold al oído a su hermana.

La chica miró con obstinación al frente e hizo como si no hubiera oído nada.

2

EL HOMBRE QUE ese mediodía había rechazado tomar el habitual almuerzo con la familia era el catedrático Dr. Theodor Chindler, propietario de la mansión de la calle Ludwig n.º 100, un ciudadano conocido de esa ciudad pequeña, incluso «famoso», tal como se oía decir en boca de la gente.

Originaria de Silesia, la familia Chindler emigró a causa de su fe católica a la Alemania meridional bajo Federico el Grande (Federico II, tal como lo llamaban en la familia Chindler enfatizando claramente el numeral ordinal). Chindler nació en Karlsruhe, hijo de un consejero privado que trabajaba al servicio del gobierno de Baden. Persona de físico bello, buen escolar y ardiente admirador de Görres (al que se empeñaba en emular), realizó sus exámenes con mención honorífica, y ya se había habilitado para acceder a un puesto como profesor no numerario en la Universidad de Bonn cuando el denominado *Kulturkampf*, el «combate cultural» entre el Estado prusiano protestante y la iglesia católica, revolucionó tremendamente al partido católico. Al principio, tras la declaración del dogma de la infalibilidad del papa, que Pío XI anunció en 1870, Chindler, al igual que muchos otros católicos, se quedó perplejo y sin saber qué pensar. Todavía joven y sin compromisos hacia un cargo ni hacia una casta por causa de su riqueza, reflexionó largamente y debatió el asunto con los amigos. La primera iglesia e incluso la iglesia medieval ¿no habían atribuido acaso la infalibilidad a los Concilios Ecuménicos? ¿Y había que creer ahora en la infalibilidad de un único hombre? Pues sí, las definiciones del papa iban a ser irrevoca-

bles por sí mismas y no a través de la aprobación de la Iglesia.

Ese Pío era un hombre decidido. El dogma de la inmaculada concepción de la madre de Jesús, que él había anunciado en los años cincuenta, aún podía pasar, pero ¿y este dogma nuevo, dictatorial? ¿No condenó el Sexto Concilio Ecuménico al papa Honorio por su error? ¿No podía equivocarse Pío como se equivocó Honorio?

Los debates se volvieron cada vez más encarnizados, y Chindler se retiró de esos combates tachándolos de teológicos para no verse obligado a investigar su carácter político. Además todavía era joven y la vida era toda de colores. De un viaje a Ginebra que hizo junto con su hermana Friederike se trajo algunos libros franceses que leyó con una admiración creciente. *Madame Bovary*, de Flaubert, lo cautivó de tal modo, que se pasó días y noches enteras cavilando y dando vueltas por ahí con la cabeza tonta. No dudaba de que en ese libro se describía el amor, pero ¿dónde había visto nadie en su tierra un amor así y unas personas como esas? Leyó *Germinie Lacerteux* de los hermanos Goncourt y finalmente *Los miserables* de Hugo. «Mientras no se solucionen los tres problemas del siglo» —escribió a su hermana—, «la degradación del hombre por su existencia como proletario, la violación de la mujer por el hambre, el descarrío del niño por el oscurantismo intelectual en el que se le mantiene, mientras...». Sin embargo, la señorita Chindler no compartía el cariño de él hacia esos libros. También sus amigos permanecieron mudos. Alemania era todavía demasiado pequeña y demasiado medieval. Chindler comenzó a creer que en Alemania no podía haber proletarios, y a considerar que las mujeres como la señora Bovary eran despreciables mujeres francesas. Así que regresó de nuevo a su adorado Görres.

Por esa misma época se enredó en la cuestión de la declaración de la infalibilidad papal. «Lo decisivo —sentaba cátedra ante sus amigos—, es el sometimiento bajo la auto-

ridad de la Iglesia y la adopción de una única doctrina, la que la Iglesia expone. Ser católico no significa adoptar como correcto este o ese punto de la doctrina. Ser católico significa aceptar la fe entera».

De esta manera ya estaba expedito el paso y trazado de antemano el camino cuando el «combate cultural» cambió su vida. Desde un principio, Chindler luchó del lado de Roma y en contra de Bismarck. En su odio hacia el gobierno de Berlín había muchos más motivos que no solo los religiosos. En el verano de 1866, estando de visita en Darmstadt en la casa de unos parientes, presencié allí la entrada de las tropas prusianas de ocupación. Vio desde la ventana a los húsares extranjeros con los mosquetones cargados y apostados en la esquina de la calle, y justamente estaban comiendo cuando entraron violentamente en la casa y les exigieron en su dialecto más alojamiento del que tenían disponible. El recuerdo de ese incidente, que la familia mantenía y cultivaba, él no lo olvidaría nunca.

La pugna entre Berlín y Roma iba para largo. Los colegas de Chindler le advirtieron de que en la Universidad de Bonn no mandaba el papa sino el gobierno, y llamaron la atención de Chindler sobre el hecho de que iba a ser toda su vida un profesor no numerario si insistía en su actitud belicosa en relación con Bismarck. Chindler no cedió.

Unos parientes de su madre lo invitaron a ir a Hannover y le presentaron a Windthorst, el líder del Partido de Centro, *Zentrum*, el partido católico. Chindler quedó entusiasmado y desde ese momento combatió en dos campos. Como persona religiosa defendía a la Iglesia y las exigencias que Roma formulaba al gobierno alemán; como político, luchaba por el fortalecimiento del Partido de Centro. En la universidad, boicoteado por todo el cuerpo docente, impartía sus lecciones sobre la definición del alma en Aristóteles ante cuatro estudiantes.

Para huir de ese aislamiento creciente, ingresó en una pequeña asociación dirigida por un cura.

3

SE CASÓ CON poco más de treinta años. Se encontró con Elisabeth von Beaufort en la casa de un comerciante. En esta creían que le estaba haciendo la corte a la hermana más pequeña de la señora de la casa y lo invitaban casi todos los días, pero Chindler tenía la vista puesta en la señorita Von Beaufort, quien estaba contratada en la casa en calidad de institutriz. Era pobre y no muy guapa, pero Chindler la amaba y no sabía cómo debía proceder.

«¿Me caso con ella?», escribió a su hermana.

La señorita Chindler se vino de viaje y realizó sus pesquisas. La señorita Von Beaufort era hija única de un exoficial y terrateniente. Cuando los padres de ella se casaron, el padre tenía el grado de capitán en un regimiento de caballería en Düsseldorf. Poco después de la boda se licenció para poder dedicarse por completo a sus estudios de griego y de latín, que ya había comenzado siendo oficial, y vivía del dinero de su esposa. Él tenía pensado establecerse como docente universitario cuando de la noche a la mañana se vio hundido en la pobreza. Y es que la señora Von Beaufort no era rica sino tan solo sobrina única de un comerciante de Colonia extraordinariamente rico que, como todo el mundo sabía, había prometido dejarle en herencia sus inmensas propiedades a orillas del Mosela. Así pues, el señor Von Beaufort persuadió a su esposa para que pidiera un crédito a cuenta de esa herencia, enorme y segura a partes iguales. De ese dinero vivía con la esposa y con la hija en una pequeña casa de campo en las proximidades de Coblenza. Entonces murió aquel tío y el señor Von Beaufort viajó a Colonia para enterrar al hombre y abrir el testamen-

to. Su esposa era, en efecto, la única heredera de aquellas gigantescas propiedades a orillas del Mosela, pero las propiedades ya no existían. El comerciante, un anciano de ochenta años, se las había vendido a otro comerciante por 300.000 marcos, es decir, por la décima parte de su precio real. El señor Von Beaufort se quedó en Colonia y solicitó los servicios de un abogado para demandar al comerciante. Expusieron que el anciano no se hallaba ya en plenitud de sus facultades mentales cuando firmó aquel contrato desnaturalizado, pero no pudieron aportar esa prueba. Una vez perdido el proceso y devuelto el dinero que habían pedido prestado a cuenta de la herencia, a la familia Beaufort no le quedó nada más que la pensión que le correspondía al señor Von Beaufort como capitán de caballería retirado.

—Son extrañas esas circunstancias —dijo la señorita Chindler cuando informó a su hermano de lo que le habían contado a ella.

—¡Bah, qué dices! —respondió Chindler—. En todas las familias hay siempre extrañas circunstancias. Si me acepta, la desposaré.

—Es ambiciosa...

—Porque es culta. Sabe francés e inglés, y desde que me conoce, ha comenzado a estudiar latín.

—¡No me gusta la forma que tiene de comportarse en su posición social!

—Porque su posición social no casa con ella.

—Porque es arrogante. Eso no casa tampoco con nosotros.

—Mejor que si fuera sumisa.

—La considero una persona calculadora.

—Eso no es verdad.

—Estás enamorado —dijo Friederike.

—Sí, por supuesto que sí —replicó Chindler.

Algún tiempo después se casaba con la señorita Von Beaufort.